HAYDEN WHITE Y LA TEORÍA DEL CONOCIMIENTO HISTÓRICO. UNA APROXIMACIÓN CRÍTICA

Miguel Ángel Cabrera

Para Joaquín Carreras Navarro

I

Las últimas décadas han sido testigos de un inusitado y creciente interés por la cuestión del conocimiento histórico, así como de un debate, cada vez más intenso y concurrido, sobre la naturaleza y las condiciones de producción de dicho conocimiento. Basta con asomarse a los índices de las revistas especializadas, a los catálogos editoriales o a los programas de congresos y seminarios para percatarse al instante de esta circunstancia. Durante ese tiempo ha tenido lugar, además, un notable incremento de los pronunciamientos críticos en contra de las concepciones del conocimiento histórico heredadas de las décadas precedentes. Como consecuencia de ello, se ha producido una apreciable renovación de los puntos de vista sobre esta cuestión y de las posturas teóricas que intervienen en el debate. Aunque más bien habría que decir que han sido la propia proliferación de las críticas y la consiguiente aparición de concepciones no convencionales sobre el conocimiento histórico las que han despertado y estimulado ese interés y han encendido el debate. Mientras los supuestos establecidos sobre la naturaleza del conocimiento producido por la investigación histórica habían sido ampliamente aceptados y gozaban de buena salud, la cuestión requería una atención menor y quedaba al cuidado de filósofos e historiógrafos y de un puñado de historiadores particularmente inclinados hacia los asuntos de orden teórico. Pero cuando las tranquilas aguas epistemológicas de la disciplina histórica comenzaron a ser agitadas por esas nuevas voces críticas y lo hasta entonces dado por evidente empezó a ser puesto en entredicho, la cuestión del conocimiento histórico pasó a ser objeto de una atención, una reflexión y una discusión cada vez más vivas. Al tiempo que el círculo de historiadores preocupados por dicha cuestión e involucrados en el debate se ampliaba considerablemente. No en vano tales críticas afectaban de lleno no sólo a

Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea, 4, 2005, pp. 117-146

la razón de ser misma de la disciplina histórica, tal como había sido concebida hasta ese momento, sino a la estabilidad profesional de los historiadores como productores de saber sobre los asuntos humanos.

Entre los autores que han contribuido a reavivar el debate epistemológico en historia y a renovar nuestra concepción del conocimiento histórico ocupa un lugar preeminente Hayden White (quien, además, fue un auténtico pionero en este campo). El propósito de este artículo es ofrecer una primera aproximación a la contribución de White a la teoría del conocimiento histórico. Por supuesto, su obra abarca (o es relevante para) muchos otros aspectos de la investigación histórica, pero aquí me ocuparé exclusivamente de sus implicaciones epistemológicas. Una elección que está plenamente justificada por la propia obra de White, pues éste definió desde el principio como uno de sus objetivos primordiales el de contribuir «a la actual discusión del *problema del conocimiento histórico*» y el de aportar «una nueva perspectiva sobre el actual debate en torno a la naturaleza y función del conocimiento histórico»[1]. En la primera parte, se presentarán aquellos elementos de la obra de White que considero sus contribuciones más genuinas, perdurables y de mayor trascendencia a la teoría del conocimiento histórico, con el fin de poder calibrar de qué manera y en qué grado dichos elementos nos obligan a reconsiderar los supuestos epistemológicos sobre los que la investigación histórica se había asentado con anterioridad. Esta aproximación quedaría incompleta, sin embargo, si, a la vez, no se realizara una evaluación crítica de su propuesta epistemológica. Eso es lo que trataré de hacer en la segunda parte del artículo. A la luz del debate epistemológico reciente, algunos de los postulados de White han perdido actualidad y plausibilidad, aparecen como discutibles e, incluso, presentan claras inconsistencias. Existen, asimismo, ciertas cuestiones que White no llegó a abordar o que, aun haciéndolo, no resolvió de una manera que hoy consideraríamos satisfactoria. Y es lógico que así sea, pues la obra de White fue concebida en un contexto teórico e intelectual particular, diferente del actual.

La obra de White forma parte del movimiento de reacción crítica contra la noción objetivista o representacionista de conocimiento histórico predominante en la década de 1960. Es decir, contra el supuesto de que el resultado producido por la investigación histórica es una representación objetiva de la realidad. No sólo en el sentido más trivial de que es (o puede ser) una representación imparcial, sino, sobre todo, en el sentido de que capta y reproduce las propiedades, relaciones y significados intrínsecos de los hechos históricos. Esta noción de conocimiento histórico no sólo se hallaba ampliamente extendida, como ha mostrado Peter Novick en su ya clásico estudio sobre el tema[2], entre

1. White, Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, FCE, 1992, pp. 13 y 14. Cuando existe edición española, cito por ella (aunque en algunos casos he modificado la traducción). Asimismo, cuando, en adelante, se citen las obras de Hayden White se omite el nombre del autor.
2. Novick, Peter, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, México, Instituto Mora, 1997, 2 vols.

los historiadores profesionales norteamericanos, sino que había sido objeto de una concienzuda elaboración teórica por parte de destacados filósofos. Es la obra de estos últimos, precisamente, la que provoca la reacción de White y la que constituye el blanco contra el que éste dirige en primera instancia su artillería crítica. Aunque es patente que, mientras escribe, White tiene en mente, sobre todo, a los historiadores y a su concepción del conocimiento y que tanto sus críticas como su propuesta alternativa están encaminadas al propósito de renovar el campo de los estudios históricos. Entre las posturas filosóficas contra las que White reacciona críticamente se encuentran el denominado «modelo nomológico-deductivo», defendido por C. G. Hempel (que asimila la historia a las ciencias naturales) y la llamada «visión narrativista de la explicación histórica» (o realismo narrativo), sostenida por filósofos analíticos como W. Dray y W. B. Gallie[3]. Ambas posturas filosóficas presentan diferencias substanciales, pero comparten el mencionado supuesto de que la obra histórica contiene representaciones objetivas de la realidad, bien sea de las leyes que rigen ésta (en el primer caso), bien de la conexión existente entre los hechos (en el caso de la segunda). Un supuesto compartido, a su vez, por la mayoría de los historiadores profesionales, fueran éstos historiadores tradicionales inductivistas o historiadores sociales que hacían uso de un método hipotético-deductivo.

Frente a todos ellos, White puso en duda que la investigación histórica produjera un conocimiento objetivo de la realidad. Esto era imposible, argumentaba White, porque las propiedades y significados de los hechos históricos no son inherentes a los hechos mismos, sino que se constituyen como tales en el propio proceso de investigación. Y ello es así porque el historiador se enfrenta al registro histórico factual no como un mero receptor pasivo, sino portando siempre un conjunto de preconcepciones implícitas sobre la naturaleza y el sentido de la historia humana. Como consecuencia de ello, lo que el historiador hace no es simplemente registrar los hechos y sus conexiones, sino organizarlos conceptual y significativamente en función de y mediante esas preconcepciones. Aunque la historia se ocupa de hechos reales, las narraciones, interpretaciones y explicaciones históricas son el resultado de la incorporación de esos hechos a un patrón previo de representación que no deriva de los hechos mismos. White identifica ese patrón con los dispositivos lingüísticos de que se sirve el historiador para llevar a cabo su investigación y presentar los resultados de ésta.

Enseguida recordaré cuáles son y en qué consisten, según White, esos dispositivos y, más tarde, discutiré si su identificación de los mismos es o no atinada. Por ahora sólo deseo llamar la atención sobre el hecho de que la formulación de White entrañaba una profunda ruptura con el sentido común epistemológico prevaleciente entre los historiadores. En primer lugar, porque implicaba que la relación cognoscitiva entre historiador y realidad histórica estaba mediada por

3. «The politics of contemporary Philosophy of History», *Clio*, 3, 1 (1973), pp. 35-53 e «Interpretation in History», en *Tropics of discourse. Essays in cultural criticism*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1978, pp. 54-55 y 77, notas 11 y 12. Las denominaciones entrecomilladas son del propio White.

un factor, no contemplado con anterioridad, de cuya existencia el historiador no era, ni podía llegar a ser, consciente. En la visión precedente, el proceso de investigación histórica se componía únicamente de dos variables: una, el historiador, armado con su teoría y sus métodos e imbuido de su subjetividad, y, otra, los hechos históricos. Asimismo, la idea de que la relación entre historiador y realidad histórica estaba mediada existía, por supuesto, con anterioridad. Pero esa mediación se atribuía a la ideología subjetiva del historiador. Ésta podía interferir en la investigación y distorsionar sus resultados, pero, a la vez, se creía que esa interferencia podía ser eliminada o, al menos, minimizada mediante la reflexión crítica y la aplicación de un método adecuado de verificación. En el caso de la historia de orientación deductivista, el factor mediador era la teoría. Pero dado que ésta era concebida como una generalización conceptual dimanada del propio estudio de la realidad, sus imperfecciones se irían reduciendo con el propio avance de la investigación histórica. En ambos casos se tenía la convicción de que, más allá de la interferencia subjetiva o teórica, existía una realidad objetiva que acabaría por neutralizar cualquier influencia distorsionadora y emerger a la superficie. Frente a esa visión, White introdujo una tercera variable en el proceso de investigación histórica (las susodichas preconcepciones implícitas) que poseía una naturaleza y una lógica específicas y que le venía impuesta al historiador por el contexto cultural al que pertenecía. Una variable cuya mediación, por tanto, no podía ser reducida ni mediante la reflexión crítica ni mediante la mera verificación empírica.

La segunda novedad de la formulación de White radicaba en que identificaba esa tercera variable con las estructuras lingüísticas de que se servía el historiador. Lo cual implicaba que el lenguaje de la historia no era un mero dispositivo formal o un medio neutral de trasmisión, sino un factor que condicionaba la manera en que la realidad era percibida, concebida y representada y que, por tanto, afectaba al resultado de la investigación, al contenido de la obra histórica. Y de ahí que el conocimiento obtenido por esa investigación no pudiera seguir siendo tomado simplemente como una representación objetiva de la realidad, dado que entrañaba siempre una operación de construcción significativa de ésta.

II

El punto de partida del análisis de White es la consideración de que toda obra histórica consta de dos niveles: el nivel explícito de los datos, las teorías y las explicaciones o narraciones y el nivel implícito de los supuestos subyacentes asumidos y aplicados inconscientemente por el historiador. Las obras históricas incluyen una cierta cantidad de datos sobre acontecimientos del pasado y de conceptos teóricos con los que éstos son explicados. Pero, además, dichas obras históricas «tienen un contenido estructural profundo» que opera como un «paradigma precríticamente aceptado» de lo que debe ser una interpretación de tipo histórico. Este segundo nivel, o «estructura profunda de la imaginación histórica», que constituye su objeto preferente de análisis, es lo que White de-

nomina como elemento «metahistórico» o, simplemente, *metahistoria*[4]. Lo que su análisis metahistórico persigue, entonces, es desentrañar los presupuestos implícitos que sirven de base a la investigación histórica, y que son los que determinan las preguntas que ésta se plantea, los problemas que pretende resolver y las interpretaciones, explicaciones y narraciones que da como resultado. La indagación metahistórica tiene por objetivo, en suma, como dice White, determinar cuál es la base epistemológica de las explicaciones y narraciones históricas y sobre qué supuestos asientan éstas su autoridad en tanto que portadoras de conocimiento[5].

Una vez establecida la distinción entre el «nivel manifiesto» de la obra histórica y el nivel de la estructura epistemológica profunda, White procede a identificar y caracterizar los componentes de esta última. Como he adelantado, White considera que esa estructura profunda es de naturaleza lingüística y, de manera específica, poética, ya que está constituida por las formas o convenciones de representación literaria vigentes en una cultura dada (en este caso, la cultura occidental). Aquí me limitaré a enumerar los elementos que, según White, componen el nivel metahistórico de la investigación histórica. El primero está constituido por los tres tipos de estrategia utilizados por los historiadores para obtener un «efecto explicativo»: por argumentación formal, explicación por la trama y explicación por implicación ideológica. Dentro de cada una de esas estrategias, existen «cuatro modos posibles de articulación por los cuales el historiador puede conseguir un efecto explicativo de un tipo específico». Para la argumentación, esos modos son los de formismo, organicismo, mecanicismo y contextualismo; para la trama, los arquetipos del romance, la comedia, la tragedia y la sátira y para la implicación ideológica, las tácticas del anarquismo, el conservadurismo, el radicalismo y el liberalismo. Una combinación particular de esos modos forma el «estilo historiográfico» propio de un historiador o de un filósofo de la historia. Finalmente, esos diferentes estilos se relacionan entre sí en «un nivel más profundo de conciencia», en el que el historiador se sirve de «estrategias conceptuales» para configurar el campo histórico que es su objeto de estudio y para explicar o representar sus datos. Este acto de configuración del campo histórico puede adoptar cuatro formas, correspondientes a los cuatro tropos del lenguaje poético: metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía[6]. Ésta es la tipología que White aplica, en *Metahistoria*, al análisis de un conjunto de obras de historia y de filosofía de la historia del siglo XIX.

No me detengo más en este punto porque no es la tipología formal de White y su taxonomía de los estilos historiográficos lo que me interesa. De hecho,

4. *Metahistoria*, p. 9.
5. «El texto histórico como artefacto literario», en *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós, 2003, p. 108.
6. *Metahistoria*, pp. 9-10. Esta tipología es expuesta en toda su amplitud en la Introducción a esta obra, pp. 16-46. Una concisa y clara presentación de la misma puede encontrarse en JENKINS, Keith, *On «What is History?» From Carr and Elton to Rorty and White*, Londres, Routledge, 1995, pp. 148-150.

considero, como expondré luego, que su equiparación entre metahistoria y tropos literarios es básicamente desacertada. Lo que me interesa aquí es la teoría general del conocimiento histórico que sirve de trasfondo a esa tipología. Pues es en este terreno donde radica lo más original y valioso de la contribución historiográfica de White. La premisa central de esa teoría es que la relación entre el historiador y la realidad histórica está lingüísticamente mediada. En el sentido de que el lenguaje utilizado por los historiadores no es sólo un medio para presentar los resultados de su investigación, sino que afecta directamente a dichos resultados. En contra de la visión instrumental y puramente denotativa del lenguaje, White sostiene que éste implica siempre una estructura previa de comprensión de la realidad histórica que opera como una suerte de rejilla conceptual a través de la cual se ha de aprehender y explicar necesariamente dicha realidad. Hasta ese momento, la mayoría de los historiadores había operado sólo con la noción de lenguaje como medio de expresión formal. Sin embargo, el lenguaje que el historiador lleva al terreno de la investigación no se reduce únicamente a palabras y conceptos. Ese lenguaje incluye, además, una serie de supuestos generales sobre la naturaleza y el funcionamiento del mundo humano y sobre el sentido de la historia que condicionan profundamente la manera en que el historiador aborda el estudio de los hechos históricos y en que organiza éstos conceptualmente, así como el significado que les confiere y las explicaciones o narraciones históricas que produce a partir de ellos.

Pero la perspectiva teórica de White supone, además, que esos supuestos generales sobre el mundo humano no son entidades teóricas, en el sentido de que emanen de la observación y el estudio de dicho mundo y sean elaboradas en el curso de la investigación o forjadas por la experiencia. Por el contrario, se trata de presupuestos implícitos sobre la realidad que preceden a toda investigación o experiencia del mundo, que poseen una lógica propia y que, en virtud de ello, operan como una variable independiente del proceso de conocimiento. Tales presupuestos constituyen auténticos protocolos lingüísticos o arquetipos de representación del mundo que están culturalmente arraigados, que le vienen dados al historiador y a los que éste ha de atenerse necesariamente en su trabajo. El historiador opera dentro del lenguaje, no a través del lenguaje, pues éste no es un simple dispositivo formal, neutro y literal de representación, sino un factor estructurante ineludible de toda relación cognoscitiva con el mundo.

En términos del propio White, el lenguaje del historiador no se limita a dar cuenta de la realidad, sino que *prefigura* a ésta en tanto que objeto de conocimiento o dominio sobre el cual aplicar las teorías específicas que se utilizan para explicar dicha realidad[7]. Pues es el lenguaje el que establece los criterios de relevancia a la hora de seleccionar y ordenar los hechos, define las preguntas que han de hacerse al registro empírico y proporciona los marcos generales de explicación de los procesos históricos. El que el lenguaje opere como una estructura prefigurante del objeto de conocimiento implica que los conceptos,

7. *Metahistoria*, p. 10.

explicaciones y significados que los historiadores atribuyen a los hechos históricos no dimanan de los hechos mismos, sino que les son *impuestos* desde fuera. El orden objetivo y las relaciones significativas entre los hechos históricos no son inmanentes a éstos y simplemente discernidas en el curso de la investigación, sino que le son conferidos en virtud de los protocolos lingüísticos de comprensión del mundo empleados en cada caso. Como escribe White, «la *forma* de las *relaciones*» que parece ser inherente a los objetos presentes en el campo histórico es en realidad impuesta a dicho campo por el investigador «en el *acto* mismo *de identificar y describir* los objetos que allí encuentra». Los historiadores, continúa, «*constituyen*» sus posibles objetos de representación «mediante el mismo lenguaje que usan para *describirlos*». Las interpretaciones históricas de un conjunto de acontecimientos «son poco más que proyecciones de los protocolos lingüísticos que esos historiadores utilizaron para *pre*-figurar ese conjunto de acontecimientos» antes de escribir sobre ellos. Por tanto, la convicción de los historiadores de que lo que hacen es «encontrar» la historia en los propios acontecimientos, más que imponérsela, no es más que el resultado de una «cierta falta de autoconciencia lingüística», que les impide ver hasta qué punto «las descripciones de los acontecimientos constituyen *ya* interpretaciones de su naturaleza»[8]. Y de ahí que White haya sometido a reconsideración crítica la división convencional entre forma y contenido de la obra histórica. En la visión heredada, el lenguaje de los historiadores era considerado sólo como un ornamento formal o un recurso estilístico epistemológicamente neutro. La «escritura» de los historiadores era tratada solamente como un «medio» más o menos elegante, pero neutral, que no contribuía en nada substancial al contenido y al valor de verdad de la obra histórica. La «escritura», sin embargo, sostiene White, no es sólo forma, sino que, al contribuir a codificar los hechos históricos de una cierta manera, afecta profundamente al contenido. Pues todo código, incluido el lenguaje, hace posible, pero a la vez pone límites a lo que puede decirse sobre el mundo[9].

III

Yo diría, pues, que la principal y más original contribución de White a la teoría del conocimiento histórico ha sido el concepto de *mediación lingüística*. Pues aunque éste no es un concepto acuñado por White, su obra ha contribuido notablemente a su elaboración, así como a su aplicación analítica y a su conversión en un ingrediente destacado de la discusión historiográfica. El concepto de mediación lingüística, que apenas había formado parte, con anterioridad, del bagaje epistemológico de los historiadores, tiene hondas implicaciones para la teoría del conocimiento histórico, pues nos obliga a redefinir por completo la

8. «El texto histórico como artefacto literario», pp. 131-132.

9. «A response to Professor Chartier's four questions», *Storia della Storiografia*, 27 (1995), p. 67. «An old question raised again: Is historiography art or science? (Response to Iggers)», *Rethinking History*, 4, 3 (2000), p. 394 y «Hecho y figuración en el discurso histórico», en *El texto histórico como artefacto literario*, p. 46.

naturaleza de éste. Pues si la objetividad no es una propiedad que la realidad histórica posee y que el historiador descubre, registra y representa, sino una propiedad que ésta adquiere al ser lingüísticamente codificada, entonces lo que el historiador produce no es una representación objetiva de esa realidad, sino, más bien, una *construcción significativa* de la misma.

En efecto, el que la realidad histórica sea siempre aprehendida, conceptualizada y hecha significativa mediante protocolos lingüísticos de representación implica que se ha de hacer una distinción tajante entre hechos reales y hechos objetivos. Pues los primeros están dados en la realidad y son comprobables mediante los métodos de verificación empírica desarrollados por la disciplina histórica. Pero los segundos se constituyen como tales en el proceso de investigación y sólo tienen existencia a partir de él. En la terminología de White, se ha de distinguir entre acontecimiento [event] y hecho [fact]. El primero es «un acontecer que sucede en un espacio y un tiempo materiales»; el segundo es «un enunciado acerca de un acontecimiento en forma de una predicación». Los acontecimientos ocurren y son autentificados por las fuentes; los hechos son construidos conceptualmente y sólo tienen existencia en el pensamiento y en el lenguaje. Se trata, en suma, según White de distinguir entre la cosa misma y la representación que el historiador hace de ella, pues ambas no son lo mismo, ya que el historiador nunca aprehende la cosa misma, sino una forma siempre ya conceptualizada o narrativizada de ella. Por eso, para que los acontecimientos puedan servir de base y ser objetos de explicación histórica es preciso que, previamente, sean construidos conceptualmente como temas de estudio y objetos de conocimiento[10].

Pero acontecimientos y hechos no sólo son entidades diferentes. El concepto de mediación implica, además, que entre ambos no existe una continuidad lógica y una conexión objetiva y estable. En la visión convencional del conocimiento histórico, la manera en que los acontecimientos históricos eran conceptualizados y explicados aparecía como inferida, de alguna manera, de los acontecimientos mismos. Y de ahí que se pudiera apelar a éstos como criterio de verificación de las explicaciones. Sin embargo, si el lenguaje no es un simple medio de comunicación de la realidad, sino un organizador conceptual de ésta, entonces los hechos no son meras proyecciones de los acontecimientos, sino efectos de la mediación lingüística misma. La conexión entre acontecimiento y hecho no es necesaria y objetiva, sino lingüísticamente contingente. Y de ahí que, como gusta repetir a White, unos mismos acontecimientos puedan dar lugar a hechos (o explicaciones) diferentes según sea el patrón lingüístico utilizado.

Lo que hace White, en suma, es redefinir la conexión existente entre las dos fases de que consta la investigación histórica (la de recogida de datos y

10. «Hecho y figuración en el discurso histórico», pp. 53 y 51. «An old question raised again: Is historiography art or science?», pp. 397-398 y «A response to Professor Chartier's four questions», p. 70.

la de interpretación, explicación o narración de los mismos). Con respecto a la primera fase, White se atiene a los procedimientos de verificación consagrados en la disciplina histórica. Pero sostiene que la segunda fase no consiste simplemente en una mera proyección lógica o teórica de esos datos, sino que entraña un proceso de construcción lingüística. A dicho proceso hace referencia uno de los conceptos capitales de la propuesta epistemológica de White, el de tramado [emplotment]. Este término designa la operación mediante la cual los acontecimientos históricos son convertidos en piezas de una explicación o en episodios de una narración. El concepto de trama [plot] hace referencia a «una estructura de relaciones» por medio de la cual los acontecimientos son dotados de significado mediante su identificación como partes de un todo integrado. O, como escribe White en otro lugar, el tramado es la operación mediante la cual se hacen historias a partir de crónicas, al codificar los acontecimientos contenidos en una crónica como componentes de un tipo específico de historia[11]. El que sea la imposición de una cierta forma de tramado lo que convierte a los acontecimientos históricos en un tipo determinado de historia es lo que permite afirmar, precisamente, que los acontecimientos carecen de propiedades objetivas, en el sentido de que impliquen, por sí mismos, una cierta forma de historia. Los acontecimientos históricos son entidades inertes y carentes de relevancia histórica intrínseca. Es sólo al ser incorporados a una cierta trama conceptual que adquieren esa relevancia. Es por ello, como sostiene White, que una misma secuencia de acontecimientos puede ser tramada de diferentes maneras (sin violar la veracidad de esos acontecimientos) y, por tanto, servir de referente a interpretaciones históricas diferentes. Razón por la cual los acontecimientos históricos no pueden fijar o estabilizar las explicaciones históricas que se hacen de ellos ni, en consecuencia, servir como criterios de verificación de éstas.

La existencia de una discontinuidad lógica entre acontecimientos y explicaciones históricos es lo que convierte a la cuestión de la constitución de los objetos de investigación en un asunto de interés prioritario. Mientras se consideró que éstos estaban implícitos en la realidad histórica, dicha cuestión no requería mayor atención. Pero la situación cambia una vez que, con la introducción del concepto de mediación lingüística, los objetos de conocimiento pierden su condición de entidades naturales (o meramente teóricas). Los acontecimientos son, por supuesto, argumenta White, entidades que tienen una existencia previa al interés y a la intervención del historiador. Pero una cosa es creer que esas entidades tuvieron una existencia real y otra bien distinta constituirlas como «un posible objeto de un tipo específico de conocimiento»[12]. Pues los objetos históricos (o formas de organización conceptual de los acontecimientos históricos) no son algo preexistente que la investigación histórica identifica

11. «El valor de la narrativa en la representación de la realidad», en *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992, p. 24 y «El texto histórico como artefacto literario», pp. 111-112.
12. «An old question raised again: Is historiography art or science?», p. 397 y «Hecho y figuración en el discurso histórico», p. 52.

o descubre, sino algo que se constituye como tal en el proceso mismo de su conceptualización histórica. White pone el ejemplo de cómo la caracterización que hace Marx de la burguesía y de las clases trabajadoras francesas durante los levantamientos de 1848 en París preparara a éstas para «la aplicación del análisis dialéctico-materialista que usó para explicar sus conductas durante los acontecimientos que siguieron». Lo que este ejemplo pone de manifiesto es que la concepción general de la historia humana que se maneja en cada caso es la que configura el objeto de estudio, al proporcionar los criterios mediante los cuales los acontecimientos son seleccionados, dotados de relevancia y puestos en relación. Por eso, según White, la consistencia resultante entre acontecimientos y explicaciones «es una consistencia modal, no lógica». Ello no significa que sea una «consistencia falsa» que enmascara una «inconsistencia real», sino simplemente que la «consistencia discursiva», en la que diferentes niveles son puestos analógicamente en relación, es diferente de la «consistencia lógica», en la que un nivel es tratado como si fuera deducible del otro[13].

Los historiadores «desean ser estrictamente referenciales: contar la verdad y nada más que la verdad sobre personas, cosas y acontecimientos reales» del pasado. Pero, replica White, «la historiografía debe *construir*», en el sentido de «imaginar y conceptualizar sus objetos de interés» antes de proceder a aplicarles el tipo de procedimientos que desea utilizar para explicarlos o comprenderlos[14]. «Antes de poder aplicar a los datos del campo histórico el aparato conceptual que utilizará para representarlo y explicarlo, el historiador tiene que *pre*figurar el campo, es decir, constituirlo como objeto de percepción mental». Antes de que un dominio dado pueda ser interpretado, «debe ser primero construido como terreno habitado por figuras discernibles». Por figuras que sean «concebidas como clasificables en órdenes, clases, géneros y especies de fenómenos. Además, deben ser concebidas como teniendo ciertos tipos de relaciones entre ellas, cuyas transformaciones constituirán los «problemas» a resolver por las «explicaciones» ofrecidas en los niveles del tramado y la argumentación en la narrativa»[15]. Desde este punto de vista, la realidad proporciona los datos, pero la forma en que éstos son objetivados depende de la estructura conceptual previa aplicada en cada caso. Es ésta la que convierte a los acontecimientos en entidades históricas significativas, en objetos históricos.

Por consiguiente, lo que el historiador hace no es simplemente descubrir y representar la realidad histórica pasada, sino traducirla o codificarla mediante los protocolos de representación lingüística del presente. Es decir, convertir lo extraño o no familiar en algo familiar mediante su incorporación a un modelo explicativo culturalmente disponible. Comprender, dice White, «es un proceso que consiste en hacer que lo no familiar... aparezca como familiar». En trasladar algo «del dominio de las cosas sentidas como «exóticas» y no clasificadas» al

13. «Hecho y figuración en el discurso histórico», p. 47.
14. «An old question raised again: Is historiography art or science?», p. 392.
15. *Metahistoria*, p. 39.

«dominio de la experiencia adecuadamente codificado» para ser sentido como «humanamente útil, no amenazante o simplemente conocido por asociación»[16]. Lo que los historiadores hacen es refamiliarizarnos con los acontecimientos del pasado, no sólo aportando más información sobre ellos, sino también mostrando cómo su desarrollo se ajustó «a alguno de los tipos de relato a los que convencionalmente apelamos para dar sentido a nuestras propias historias de vida»[17]. En el caso particular de las narraciones históricas, según White, éstas apuntan «simultáneamente en dos direcciones: *hacia los* acontecimientos descritos en la narración *y hacia* el tipo de relato o mythos que el historiador ha elegido como icono de la estructura de los acontecimientos. La narración en sí no es el icono; lo que hace es *describir* los acontecimientos del registro histórico de modo tal que informa al lector sobre *qué debe considerar como icono* de los acontecimientos para convertirlos en algo «familiar» para él. De modo que la narración histórica media entre, por un lado, los acontecimientos registrados en ella y, por otro lado, las estructuras de trama pregenéricas convencionalmente utilizadas en nuestra cultura para dotar de significado a los acontecimientos y situaciones no familiares»[18].

White se rebela también, por tanto, en particular, contra el denominado «realismo narrativo», que concibe la narración como un mero dispositivo formal que sólo afecta al estilo de la obra histórica, pero que no añade nada a su contenido. En esta visión, «el método histórico consiste en investigar los documentos con el fin de determinar cuál es la historia más verdadera o plausible que puede contarse sobre los acontecimientos de los que esos documentos son evidencia.» La narración resultante es el resultado de la correcta aplicación de ese método. Por consiguiente, la narración «no añade nada al contenido de la representación», sino que es «un simulacro de la estructura y los procesos de los acontecimientos reales» y de ahí que «siempre que esta representación se asemeje a los acontecimientos que representa, puede ser considerada como una narración verdadera. La historia contada en la narración es una mimesis de la historia vivida en alguna región de la realidad histórica, y, en la medida en que constituya una imitación correcta, ha de ser considerada como una narración fidedigna.» Desde este punto de vista, la narración es considerada sólo como

16. «Tropología, discurso y modos de conciencia humana», en *El texto histórico como artefacto literario*, p. 71.
17. «El texto histórico como artefacto literario», p. 119.
18. *Ibidem*, pp. 120-121. Las narraciones históricas, escribe White, no son «sólo modelos de acontecimientos y procesos pasados, sino también enunciados metafóricos que sugieren una relación de similitud entre dichos acontecimientos y procesos y los tipos de relato que usamos convencionalmente para dotar a los acontecimientos de nuestras vidas de significados culturalmente reconocidos. Observada en un modo puramente formal, una narración histórica no es solo una *reproducción* de los acontecimientos registrados en ella, sino también un *complejo de símbolos* que nos señala direcciones para encontrar un *icono* de la estructura de esos acontecimientos en nuestra tradición literaria» (p. 120).

forma, una forma cuyo contenido es la historia[19]. Así pues, para el objetivismo narrativo, la relación entre obra histórica y realidad es de correspondencia y el lenguaje del historiador es sólo un medio de comunicación. Además, no sólo los enunciados factuales se «corresponden» con los acontecimientos de los que son predicados, sino que también «la narración como un todo» se corresponde con «la configuración general de la secuencia de acontecimientos de la cual es un relato». En esta «visión de la historia como comunicación» la historia es, en expresión de White, sólo un «mensaje» sobre un «referente» (el pasado, los hechos históricos, etc.). De modo que la narración aparece simplemente como un código, similar al código de Morse, que sirve como vehículo de trasmisión de mensajes, pero que no añade nada, en términos de información o de conocimiento, que no pueda ser trasmitido por otro medio[20].

Para White, por el contrario, la narración histórica no es un mero vehículo de representación de la realidad, no es un simple ornamento o una cuestión de estilo, sino que entraña siempre una operación de *narrativización*[21]. Puesto que ningún conjunto de acontecimientos posee en sí mismo la estructura de un relato [story], todo relato elaborado a partir de ellos supone una operación que es más de composición lingüística (en su caso, tropológica) que lógica. Las operaciones mediante las cuales ese conjunto es transformado en una serie, esta serie en una secuencia, esta secuencia en una crónica y la crónica en una narración son más operaciones «tropológicas» que «lógico-deductivas». Y de ahí la distinción capital que establece White entre narrativa [narrative] (una forma de hablar sobre el mundo) y narrativización (una forma de representar al mundo y a sus procesos como si poseyeran la estructura y el significado de un relato). Mientras que para el objetivismo narrativo, que no hace esta distinción, lo que los historiadores hacen es únicamente narrar, White sostiene que lo que hacen es narrativizar, es decir, tramar los hechos históricos como relatos coherentes de un cierto tipo. Pues, argumenta White, el historiador «no lleva consigo una noción del relato» que está contenido en los «hechos». En realidad, el número de relatos contenidos en éstos es infinito. Lo que el historiador lleva consigo es una noción general del tipo de relatos que pueden contarse y una «estructura de trama pre-genérica» (proporcionada por los *mythoi* de su cultura) mediante la cual dota de coherencia formal al relato que cuenta[22].

Según la argumentación de White, en «el discurso histórico, la narración sirve para transformar en una historia una lista de acontecimientos históricos que de otra forma serían sólo una crónica». Pero para efectuar esta transformación, los acontecimientos, agentes y acciones de la crónica «deben ser codificados como elementos de un relato» de tipo específico. La existencia de dicha codificación supone que «el discurso histórico dirige la atención del lector a un referente

19. «La cuestión de la narrativa en la teoría historiográfica actual», en *El contenido de la forma*, pp. 42-43.
20. *Ibidem*, pp. 58-59.
21. «An old question raised again: Is historiography art or science?», p. 406.
22. *Ibidem*, pp. 398-399 e «Interpretation in History», p. 60.

secundario», diferente de los acontecimientos que son el referente primario, a saber «las estructuras de trama de los diversos tipos de historia cultivados en una determinada cultura» (por ejemplo, los de romance, tragedia, comedia o farsa). Por consiguiente, el «discurso histórico» es un «aparato para la producción de significado», más que «un vehículo para la trasmisión de información sobre un referente extrínseco». Por eso, si cambia «la forma del discurso», no cambia la información sobre ese referente, pero sí cambia su significado[23]. Y de ahí, que toda apelación a los referentes reales para tratar de neutralizar los efectos de la narrativización sea en vano, pues una vez que los acontecimientos son incorporados a una narración histórica, ya dejan de ser acontecimientos puros o naturales y devienen hechos significativos. Y, por tanto, es imposible realizar ningún tipo de confrontación o cotejo entre narraciones y acontecimientos puros, pues éstos son inaccesibles como tales.

El que el lenguaje del historiador no sea un simple medio literal o denotativo, sino que tenga efectos generativos, es lo que lleva a White a formular la tesis de que existe una afinidad entre historia y literatura. Ambas se diferencian, por supuesto, en que la primera se ocupa siempre de acontecimientos reales, mientras que la segunda no, pero las dos tienen en común que implican operaciones de construcción lingüística. Al igual que la literatura, también la historia entraña una producción (y no una simple representación) de significados y, por tanto, hace un uso figurativo del lenguaje. Lo que White sostiene, en consecuencia, es que no se puede establecer una separación tajante entre historia y literatura, como pretenden los historiadores objetivistas, pues también la historia tiene un componente «ficcional», en el sentido de que somete a los acontecimientos históricos a una operación de «composición» con el fin de dotarlos de unos significados que éstos por sí mismos no poseen. Ello no implica, puntualiza White, que los hechos históricos sean ficticios o «ficcionalizados», sino que la transformación de acontecimientos, personas, procesos o relaciones «reales» en componentes de una historia entraña un acto de figuración o de «ficcionalización»[24].

A los historiadores les cuesta admitir que lo que hacen es traducir los acontecimientos en ficciones, pero esto es, dice White, lo que efectivamente hacen. Esta resistencia de los historiadores se debe a que tienden a insistir en que los acontecimientos sólo pueden ser tramados de una manera y dar lugar a una sola historia[25]. Sin embargo, arguye White, se debe distinguir entre investigación histórica (estudio de las fuentes) y escritura histórica (composición de un discurso en forma escrita). En la investigación, los historiadores se ocupan de descubrir la verdad acerca del pasado y de recuperar información sobre éste. Pero al pasar de la investigación a la obra escrita final debe «ejecutarse una serie de importantes operaciones transformacionales» en las que los historiadores utilizan, como los escritores imaginativos, «estrategias de figuración lingüística»

23. «La cuestión de la narrativa en la teoría historiográfica actual», pp. 61 y 60.
24. «A Response to Professor Chartier's four Questions», pp. 64-65.
25. «An old question raised again: Is historiography art or science?», p. 405 y «El texto histórico como artefacto literario», p. 126.

(que, para él, son de tipo tropológico), que no sólo dotan a las interpretaciones históricas de coherencia, sino que les permiten alcanzar su «efecto de conocimiento característico»[26]. Y pone el ejemplo de Gibbon. Éste se atiene, sin duda, a la veracidad de los acontecimientos y se esfuerza por separar la verdad de las falsificaciones y mentiras. Pero, a la vez, realiza una operación de composición al concebir y presentar esos acontecimientos (al «tramarlos») como manifestaciones de un proceso histórico de «decadencia y caída» (del Imperio Romano). Esta transformación de los acontecimientos brutos en hechos históricamente significativos implica un uso figurativo del lenguaje que tiene una clara afinidad con la creación literaria. Una consideración meramente «literalista» de lo ocurrido en el pasado podría producir sólo un anal o una crónica, pero la historia no se limita a hacer «una descripción estática de un estado de cosas», sino que siempre da un paso más, hacia la explicación o la narración. Y en cuanto da ese paso, no puede evitar realizar una construcción «figurativa» de los objetos de que habla[27].

IV

El concepto de mediación lingüística implica, finalmente, la tesis epistemológica de que la veracidad de los acontecimientos no garantiza la veracidad de las explicaciones. Dadas la discontinuidad lógica entre ambos y la existencia de una operación de producción de significados, la verdad de los enunciados factuales u observacionales no implica la verdad de los enunciados generales. La consecuencia de ello es que no se puede apelar a los datos reales como criterios de verificación o de refutación de las explicaciones históricas, por muy rigurosa que sea la metodología utilizada. El que una misma realidad pueda dar lugar a interpretaciones diferentes (dependiendo del protocolo lingüístico) implica, según arguye White, que «el criterio de validez» para evaluar las interpretaciones históricas no puede depender de sus elementos constitutivos, de su contenido factual[28]. Todos los datos a los que se hace referencia en una explicación histórica pueden ser irrefutablemente ciertos y, sin embargo, la explicación no serlo. Y ello porque el valor de verdad de los significados no se puede determinar mediante los acontecimientos mismos, como si se tratara del valor de verdad «de enunciados específicos proferidos acerca de acontecimientos específicos»[29]. Ése podría ser el caso si los significados fueran un atributo objetivo de los acontecimientos, pero no si son el resultado de una operación de mediación lingüística. Si el historiador sólo produjera representaciones, sería lógico y factible recurrir a los referentes reales para verificar o refutar las explicaciones históricas. Pero, al producir también significados, ese recurso a la verificación empírica es inviable y estéril.

26. «Teoría literaria y escrito histórico», pp. 154-155.
27. «Hecho y figuración en el discurso histórico», pp. 58-59.
28. «Interpretation in History», pp. 55-56.
29. «Hecho y figuración en el discurso histórico», pp. 56-57.

De igual modo que, según White, no se puede apelar a la base referencial o empírica como criterio de elección entre diferentes interpretaciones históricas, para dirimir el conflicto entre interpretaciones rivales o, simplemente, para justificar la eficacia explicativa de una interpretación dada o su aceptación por parte de la audiencia. Cuando se trata de evaluar interpretaciones en competencia, proferidas por historiadores de similar erudición, la realidad no puede ser invocada para decidir la cuestión, pues lo que está en discusión no es la veracidad de los acontecimientos, sino el significado que ha de atribuirse a éstos[30]. La doble conclusión, por tanto, a la que llega White es, por un lado, que las interpretaciones históricas son inconmensurables, en el sentido de que no pueden ser comparadas o confrontadas plenamente. Y, por otro, que, cuando se trata de elegir entre visiones alternativas de la historia, las únicas bases para preferir una interpretación a otra «son *morales* o *estéticas*», no «teóricas» o científicas[31].

Desde este punto de vista, la eficacia explicativa y la aceptación de una cierta interpretación histórica no dependen ni de su grado de adecuación o de correspondencia con la realidad ni del peso de los datos o evidencias aportados, sino de la eficacia de los propios protocolos lingüísticos de representación. Es decir, dependen de que dicha interpretación haya sido forjada mediante las categorías de una concepción general de la historia humana que esté culturalmente vigente y que, por tanto, se ajuste a las preconcepciones históricas o patrones de significado de la audiencia. No es su eficacia teórica, sino la complicidad retórica entre historiador y lector lo que confiere credibilidad y autoridad epistemológica a las interpretaciones históricas. Éstas, según White, como las ficciones poéticas, se presentan a sus lectores como representaciones plausibles del mundo apelando a «aquellas «estructuras pre-genéricas de trama» o formas arquetípicas de relato» propias de una determinada cultura. Los historiadores, como los poetas, logran su «efecto explicativo», más allá de las explicaciones formales que puedan ofrecer de los acontecimientos históricos, construyendo sus narraciones «mediante los patrones narrativos de significado que les proporciona el arte literario de la cultura a la que pertenecen». La eficacia de las interpretaciones históricas radica, en suma, en que convierten, a los ojos del lector, lo extraño en familiar[32].

Por último, desde esta perspectiva epistemológica, no es posible hablar ni de verdad histórica ni de avance del conocimiento, concebidos, respectivamente, al modo convencional, como correspondencia con la realidad y como movimiento de ajuste progresivo entre historia y objetividad. Pues, para White, la relación entre interpretaciones no es vertical (unas interpretaciones desplazan a otras), sino horizontal: diferentes interpretaciones conviven y poseen valor cog-

30. *Ibidem*, pp. 55-56.

31. *Metahistoria*, p. 412. Escribe White: «Situados frente a las visiones alternativas que los intérpretes de la historia ofrecen a nuestra consideración, y sin ninguna base teórica apodícticamente establecida para preferir una a la otra, tenemos que regresar a razones morales y estéticas para la elección de una visión antes que otra como más «realista»».

32. «Interpretation in History», p. 58 y «El texto histórico como artefacto literario», pp. 116-117.

noscitivo similar. Y, en consecuencia, lo que se produce no es un progreso del conocimiento, sino cambios en la manera de concebir la realidad histórica que resultan de la adopción de protocolos conceptuales de representación nuevos. Sólo nuestro conocimiento empírico puede aumentar, pero no nuestro conocimiento teórico general. Como sentencia White, «nuestro conocimiento del pasado puede aumentar continuamente, pero nuestra comprensión del mismo no. Ni nuestra comprensión del pasado progresa mediante el tipo de avances revolucionarios propios de las ciencias físicas»[33]. En este segundo frente, lo único que somos capaces de hacer es producir significados nuevos y construcciones significativas inéditas.

V

Este breve recorrido debe bastar para hacer patente que la formulación de White constituye una aportación pionera, original y consistente a la teoría del conocimiento histórico y que ha de ser un ingrediente primordial y un punto de referencia ineludible en cualquier discusión sobre la materia. Ello no significa, sin embargo, que dicha formulación deba ser aceptada en todos sus extremos. De hecho, cuando se la contempla a la luz del debate historiográfico de los últimos años y del actual contexto cultural e intelectual, algunos de sus postulados se nos aparecen como discutibles o inadecuados, mientras otros han ido quedando claramente obsoletos y necesitan ser puestos al día o reformulados. Y es que la empresa de reconstrucción de la teoría del conocimiento histórico que White contribuyó, de manera tan decisiva, a poner en marcha ha sobrepasado el punto al que el propio White llegó.

Aquí estoy partiendo, por supuesto, de la doble convicción de que la obra de White ha sido un factor de renovación historiográfica y de que es imposible la vuelta atrás, a la situación epistemológica anterior a dicha obra. Se podría adoptar, no obstante, una postura diferente, y considerar que la noción objetivista de conocimiento histórico es básicamente correcta y que, por tanto, la formulación de White debería ser globalmente rechazada. Ésta es la postura que han adoptado numerosos autores y en ella tiene su origen buena parte de las objeciones críticas que dicha formulación ha recibido. Entre esos autores figuran tanto historiadores tradicionales y sociales como nuevos historiadores culturales, pues todos ellos comparten el supuesto de que la historia produce un conocimiento objetivo de la realidad[34]. Lo que estos autores critican esencialmente a White es que niegue la existencia de una continuidad lógica entre reali-

33. «El texto histórico como artefacto literario», p. 122.

34. Una muestra significativa de esas objeciones críticas puede encontrarse en MOMIGLIANO, Arnaldo, «The rhetoric of history and the history of rethoric. On Hayden White's tropes», *Comparative Criticism*, 3 (1981), pp. 259-268. CHARTIER, Roger, «Quatre questions à Hayden White», *Storia della Storiografia*, 24 (1993), pp. 133-142 [Incluido en CHARTIER, Roger, *On the edge of the cliff. History, language, and practices*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1997, pp. 28-38]. MARWICK, Arthur, «Dos enfoques en el estudio de la historia, el metafísico (incluido el postmodernismo) y el histórico», *Historia Social*, 50 (2004), pp. 59-81 e IGGERS, Georg, «Historiography

dad e interpretaciones históricas y, por tanto, la posibilidad de que estas últimas puedan ser empíricamente verificadas. Ellos consideran, por el contrario, que la aplicación del método histórico y el control ejercido por la comunidad profesional de historiadores son medios suficientes para garantizar la objetividad de las interpretaciones y para dirimir los conflictos entre ellas. Estos autores admiten la existencia de mediaciones ideológicas, pero no lingüísticas, y consideran, por tanto, que la realidad acaba siempre por neutralizar toda mediación perturbadora del lenguaje, posibilitando así un avance continuado del conocimiento.

Esta postura crítica se ve aquejada, con frecuencia, por un problema de inconmensurabilidad, entendido como la dificultad para comprender un paradigma teórico desde los parámetros de otro y la consiguiente tendencia a traducir el primero a los términos del segundo. El resultado de esa traducción suele ser una versión distorsionada o simplificada del original. Esto es patente en la dificultad de los historiadores objetivistas para distinguir entre realidad y objetividad (o entre acontecimiento y hecho). Al dar por supuesto que toda realidad es objetiva, tienden a creer que toda negación de la objetividad es una negación de la realidad. Y, por tanto, suelen atribuir a White asertos del tipo de que la historia carece de una base real, de que no hay diferencias entre hecho y ficción o de que historia y literatura son equiparables. Como hemos visto, sin embargo, White es *anti-objetivista*, no anti-realista. Lo que él discute no es la existencia de los acontecimientos históricos reales ni, tampoco, que las interpretaciones históricas se basen (o deban basarse siempre) en ellos. Lo que discute es que las interpretaciones estén implícitas en o dimanen de los acontecimientos. Y de ahí que considere que el debate historiográfico deba girar no en torno a la realidad, sino en torno al proceso de conceptualización de ésta[35]. Al introducir la noción de mediación lingüística y romper, así, con el modelo representacionista y dicotómico, White ha redefinido los términos del debate y situado éste en unas coordenadas teóricas diferentes. La discusión ya no puede girar únicamente en torno al grado de correspondencia entre historia y realidad, como si la investigación histórica sólo produjera representaciones (más o menos mediadas por factores subjetivos o teóricos). Si esa investigación entraña siempre una operación de construcción significativa, entonces la cuestión que debería reclamar nuestra atención y ser objeto primordial de discusión es la relación entre mediación lingüística y conocimiento histórico. Lo que habría que discutir es de qué manera la existencia de la mediación lingüística afecta a los

between scholarship and poetry. Reflections on Hayden White's approach to historiography», *Rethinking History*, 4, 3 (2000), pp. 373-390.

35. «Hecho y figuración en el discurso histórico», pp. 50-51. White ha respondido ampliamente a las críticas y objeciones de los defensores del paradigma objetivista y ha tratado de aclarar muchas de las incomprensiones indicadas. Aparte de los artículos de respuesta a Georg Iggers y Roger Chartier ya citados, puede verse «Respuesta a Arthur Marwick», *Historia Social*, 50 (2004), pp. 83-94; «Teoría literaria y escrito histórico», pp. 154-155 y 170-173 y «Postmodernism and textual anxieties», en STRATH, Bo y WITOSZEK, Nina (eds.), *The postmodern challenge. Perspectives East and West*, Amsterdan, Rodopi, *1999*, pp. 38-40.

resultados de la investigación histórica y, por tanto, en qué sentido habría que reconstruir el concepto de conocimiento histórico.

La necesidad de aceptar la noción de mediación lingüística se ha visto intensificada, en los últimos años, por una serie de circunstancias. De entre éstas, resulta particularmente ineludible la desnaturalización sufrida por las principales categorías analíticas de la disciplina histórica como consecuencia de la denominada crisis de la modernidad. Pues lo que esta crisis está poniendo de manifiesto es que categorías centrales del análisis histórico como las de individuo y sociedad no son meras etiquetas designativas de entidades objetivas, sino formas históricamente específicas de concebir y dar sentido a la interacción entre los seres humanos. En concreto, sujeto racional y estructura social han resultado no ser más que proyecciones del denominado imaginario moderno occidental, entendido éste, a la manera de autores como Charles Taylor, como un conjunto de supuestos generales, subyacentes e implícitos, sobre los fundamentos, el funcionamiento y el sentido de la historia humana. Ha sido ese imaginario el que ha proporcionado a la disciplina histórica (y a las ciencias sociales en general) sus marcos teóricos y sus herramientas conceptuales y el que ha prefigurado sus objetos de investigación[36]. Limitarse, en estas circunstancias, a reafirmar los postulados del objetivismo en poco ayuda a afrontar y resolver los problemas epistemológicos detectados y a hacer avanzar los estudios históricos. Más bien, puede constituir un serio obstáculo.

Pero la crisis de la modernidad y la consiguiente enunciación del concepto de imaginario no sólo han añadido nuevos indicios sobre las inconsistencias del objetivismo a los ya señalados por White, sino que nos obligan también a revisar y actualizar algunos de los postulados de éste. Aunque esta revisión y actualización se ve inducida, además, por otras circunstancias, entre las que se encuentran, por ejemplo, los cambios en el concepto de ciencia, la aparición de nuevos enfoques en filosofía de la ciencia y los desarrollos más recientes en la teoría del lenguaje. Por tanto, aunque, como he dicho, la contribución de White continúa siendo un punto de referencia ineludible, los nuevos elementos de análisis y de reflexión de que hoy disponemos nos permiten tener una visión sobre la naturaleza y condiciones de producción del conocimiento histórico mucho más completa y operativa que la elaborada en su momento por White.

A este respecto, el primer reparo crítico que cabría hacer a la formulación de White es que está basada en una noción de lenguaje excesivamente formalista. El lenguaje es visto, esencialmente, como una estructura estática, sincrónica, fija y ahistórica e, incluso, natural. De hecho, aunque White considera que los protocolos lingüísticos utilizados en la investigación histórica son propios de la cultura occidental, son muchas las ocasiones en que presenta dichos protocolos como arquetipos universales de representación que forman parte

36. Taylor, Charles, *Modern social imaginaries*, Durham y Londres, Duke University Press, 2004. Sobre la crisis de la categoría de sociedad en particular y sus implicaciones historiográficas he tratado en Cabrera, Miguel Ángel, «La crisis de lo social y su repercusión sobre los estudios históricos», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 2 (2003), pp. 273-286.

de la estructura profunda de la conciencia humana. Como sería el caso de los tropos literarios y, sobre todo, de las estructuras narrativas. De modo que White tiende claramente a concebir al lenguaje como una estructura mental y una instancia autorreferencial y autónoma, y no como un fenómeno histórico que se configura y se transforma en el proceso de interacción con la realidad[37]. Este formalismo lingüístico es deudor del contexto teórico e intelectual en que White elaboró su propuesta historiográfica. Pues en ese contexto la principal teoría del lenguaje disponible era la proporcionada por el estructuralismo, a través de autores como Roman Jakobson y Claude Lévi-Strauss, en los que White se basa expresa y repetidamente. Una vez que ha decidido someter a crítica a la concepción objetivista del conocimiento histórico y que ha rechazado el relativismo o perspectivismo subjetivista como posible alternativa, White desemboca en la noción de mediación del lenguaje. Pero los sistemas formalizados de análisis lingüístico que tenía a mano eran los del estructuralismo y los de una teoría tropológica (tomada del campo de los estudios literarios) cuyo formalismo encajaba, precisamente, en el molde estructuralista. El propio White ha explicado que *Metahistoria* fue escrito bajo la influencia del estructuralismo y que su propósito fue «ver cómo ciertos principios estructuralistas podían ser utilizados para analizar» el discurso histórico europeo del siglo XIX[38].

La principal consecuencia de la adopción de una noción formalista y naturalista de lenguaje es que lleva a White a identificar los elementos lingüísticos que median en la investigación histórica con los arquetipos o convenciones literarios y, en última instancia, con los tropos literarios. Como señala Mandelbaum, White simplemente asumió desde el principio que la «estructura de una obra histórica ha de ser tratada como una estructura literaria y que los cuatro tropos lingüísticos fundamentales proporcionan las categorías básicas para interpretar todas las estructuras lingüísticas». Este «enfoque formalista» y «tropológico», añade, es «fundamentalmente ahistórico», pues la organización de la obra histórica en términos de uno u otro de los tropos no remite a un tiempo y un lugar concretos, sino que es una constante[39]. La segunda consecuencia, que se sigue de la anterior, es que White concibe la investigación histórica básicamente como una operación de *construcción poética*, dado que lo que hace el historiador es prefigurar su objeto de conocimiento y codificar los acontecimientos históricos mediante las figuras tropológicas. Metáfora, sinécdoque, metonimia e ironía son los modos de «conciencia histórica» que proporcionan los protocolos lingüísticos con los que se prefigura el campo histórico y la base

37. Han sido numerosos los autores que han llamado la atención sobre el formalismo lingüístico de White. Ver, por ejemplo, MANDELBAUM, Maurice, «The presuppositions of *Metahistory*», *History and Theory*, 19, 4 (1980), pp. 49-50. Sobre la referencia de White a las «estructuras de conciencia», ver, por ejemplo, «Tropología, discurso y modos de conciencia humana», p. 63 e «Interpretation in History», pp. 71-72. Sobre su consideración de la narrativa como un «universal humano», ver «El valor de la narrativa en la representación de la realidad», p. 17.

38. «A response to Professor Chartier's four questions», p. 67.

39. MANDELBAUM, Maurice, «The presuppositions of *Metahistory*», pp. 48-50.

de las diferentes «estrategias específicas de interpretación histórica» utilizadas para «explicar» dicho campo. La interpretación en historia, sostiene White, consiste en la proyección sobre la conceptualización del mundo fenoménico de los diversos tropos[40]. En el caso particular de las obras de los principales pensadores históricos del siglo XIX, lo que el estudio de éstas sugiere es que «su pensamiento representa la elaboración de las posibilidades de prefiguración tropológica del campo histórico contenidas en el lenguaje poético en general». En suma, los modos tropológicos son la base metahistórica de la historia. Y de ahí que el objetivo del análisis sea el de identificar «los elementos específicamente *poéticos*» que componen la obra histórica y desentrañar la lógica poética que subyace a ésta[41]. Con el tiempo, White ha ido haciendo menos hincapié en los tropos y concediendo mayor importancia, como factor prefigurante, a la narración. Pero continúa concibiendo ésta como una estructura formal, arraigada en la conciencia humana.

En los últimos años, sin embargo, ha tomado cuerpo una concepción del lenguaje bastante diferente, en la que éste aparece como una entidad histórica, que se gesta y se transforma en la interacción con el mundo. El lenguaje no es una instancia sincrónica y estática, sino una matriz conceptual o discursiva diacrónica, que sufre modificaciones a medida que la aparición constante de nuevos fenómenos y prácticas obliga a la creación de nuevos significados. El lenguaje es una entidad de naturaleza específica que establece los patrones de percepción de la realidad y, por tanto, como sostiene White, la relación entre el lenguaje y sus referentes reales no es de representación, sino de construcción significativa. Pero ello no significa que los cambios de la realidad no impacten sobre los patrones lingüísticos de percepción. Aunque se trate de un impacto intertextual y no representacional, pues lo que se produce no es un acople entre lenguaje y realidad objetiva, sino simplemente una incorporación de lo nuevo al patrón discursivo heredado. Desde este punto de vista, lo que media en la relación entre historiador y realidad histórica no es el lenguaje como estructura formal, sino el lenguaje como patrón conceptual de significados. Es decir, que lo que media no son los tropos literarios, sino los imaginarios, a través de las teorías (y filosofías) de la historia de las que esos imaginarios son la matriz discursiva. Por consiguiente, lo que tiene lugar durante el proceso de investigación histórica no es una operación de construcción poética, sino de *conceptualización* teórica. Lo cual no implica, insisto, que se trate de una operación de representación objetiva, sino, igualmente, de construcción significativa, pues la teoría no es, en contra del supuesto objetivista, un duplicado conceptual de la realidad, sino una entidad de naturaleza lingüística. Las teorías de la acción humana que operan como estructuras prefigurantes de los objetos de conocimiento histórico tienen su origen no en la observación metódica de la realidad, sino en los

40. «Interpretation in History», p. 74.

41. *Metahistoria*, pp. 10-11. White considera que los tropos, aunque predominantes en la cultura occidental, son un «universal lingüístico» («A response to Professor Chartier's four questions», p. 63).

imaginarios o concepciones generales sobre la interacción humana y el cambio histórico dentro de los cuales se desenvuelve el historiador.

Por tanto, donde White ve una operación de tramado de historias mediante los tropos, convenciones y arquetipos literarios, lo que tiene realmente lugar es una operación de construcción significativa de la realidad histórica mediante la teoría de la acción humana. Aquí radica la discrepancia fundamental entre la formulación de White y nuestra perspectiva actual sobre el conocimiento histórico. La operación que realiza el historiador es distinta de la del literato no sólo en que el primero se atiene a la realidad de los acontecimientos, sino en que los patrones de significado que utiliza uno y otro son de naturaleza diferente. Los del historiador son patrones teóricos, no tropológicos, que se constituyen y transforman en el proceso mismo de interacción cognitiva con la realidad. El instrumento lingüístico mediante el cual el historiador convierte lo no familiar en familiar es la teoría de la acción humana, que, elaborada en el presente, es proyectada sobre las situaciones del pasado. Por tanto, la conexión entre lenguaje y obra histórica no debería ser concebida en términos de relación entre forma y contenido, sino más bien entre patrón teórico y contenido.

Es por ello que, en el momento actual, y una vez asumida la existencia de la mediación lingüística, la cuestión de la génesis y naturaleza de las teorías de la acción humana de que se sirven los historiadores se ha situado en el centro del debate sobre el conocimiento histórico. Pues lo que se necesita no es un análisis formalista, sino un análisis discursivo que atienda a la genealogía de los imaginarios y patrones conceptuales que subyacen a los objetos de conocimiento, a los métodos y a las explicaciones históricas. Que atienda al proceso de constitución y a los mecanismos de transformación de esos imaginarios y, específicamente, de los marcos teóricos de que se hace uso en la investigación histórica. Y ésta es una necesidad que la formulación de White no puede satisfacer, pues su noción formalista de mediación lingüística no requiere de dicha indagación genealógica. Para White, la cuestión de la teoría no es epistemológicamente relevante, y de ahí que su formulación no incluya un tratamiento específico y sistemático de la naturaleza y función de la teoría. Razón por la cual White tiene poco que decir sobre el cambio historiográfico, es decir, sobre los cambios de los marcos teóricos y de los objetos de conocimiento de la investigación histórica. Y ello a pesar de que uno de los elementos de la mediación lingüística presentado por White se refiere, claramente, a una entidad de carácter teórico: los tipos de argumentación formal. Tal como él caracteriza esos tipos, el formismo se corresponde esencialmente con el denominado historicismo, basado en la noción de sujeto racional; el organicismo, con un modelo explicativo organicista y teleológico; el mecanicismo con una teoría materialista de la historia y el contextualismo con el denominado situacionismo, teorizado por autores como Karl Popper[42]. Sin embargo,

42. De igual modo, los tipos de explicación por trama se corresponden básicamente con diferentes filosofías de la historia: mientras el romance y la comedia conciben la historia humana como un drama de redención o proceso de emancipación, la tragedia y la sátira entrañan una visión pesimista de esa historia, en la que la redención es imposible (*Metahistoria*, pp. 20-21).

al adoptar un criterio formalista de clasificación de los elementos constitutivos de la mediación lingüística, White presenta estas estrategias como dispositivos formales y no como auténticas posturas teóricas. De hecho, contemplado desde esta nueva perspectiva, su esfuerzo formalista parece más bien superfluo y poco útil a la hora de desentrañar la estructura cognitiva de la obra histórica. Hubiera sido más sencillo e iluminador realizar una disección historiográfica que atendiera, simplemente, a los supuestos y categorías teóricos que guían, en cada caso, el estudio de la realidad histórica.

VI

El segundo reparo que cabría hacer a la formulación de White es que se basa en una noción de ciencia y de conocimiento científico excesivamente convencional y algo desfasada con respecto a los debates e innovaciones teóricas que han tenido lugar en este campo durante las últimas décadas. Dado que dicha noción condiciona expresamente su visión del conocimiento histórico, conviene que nos detengamos en ella. White establece una distinción tajante entre ciencia y no ciencia en razón de que la primera puede producir conocimiento objetivo sobre la realidad y la segunda no. La historia pertenece al campo de las no ciencias, pues se trata de una disciplina proto-científica o pre-científica o, simplemente, de un arte. La razón primordial, según White, por la que la historia no es una ciencia es porque ha sido incapaz de dotarse, al contrario que las ciencias naturales, de un lenguaje técnico y formalizado capaz de operar como un medio de representación de la realidad y de hacer posible el debate conmensurable y el acuerdo entre los investigadores. La historia, al no poseer dicho tipo de lenguaje, ha de hacer uso del lenguaje culto ordinario, que es figurativo por naturaleza y que carece, en consecuencia, de capacidad representacional. La imperfección comunicativa de su lenguaje, por tanto, es lo que impide que la historia sea una ciencia y lo que hace que la investigación histórica constituya una operación de construcción de significados, y no de representación de la realidad. En suma, que la diferencia crucial entre ambos campos disciplinares radica en que en ciencias naturales no existe mediación lingüística, mientras que en historia sí.

Efectivamente, como glosa Jenkins, lo que White sostiene es que la historia no es una ciencia porque no posee «un lenguaje técnico aceptado de manera general», lo que la obliga a hacer uso, para codificar y comunicar la realidad, del lenguaje culto ordinario. Pero éste es un lenguaje que siempre «opera metafóricamente», es decir, que comunica siempre de manera figurativa o literaria, mediante tropos[43]. Precisamente, la prueba de que un campo es científico es que dispone de «una terminología técnica» y se ha liberado de los «caprichos del lenguaje culto ordinario». Al contrario, pues, que la física o la química, la historia aún no ha llegado a esa fase ni, en consecuencia, ha podido alcanzar un

43. JENKINS, Keith, *On «What is History?»*, p. 167. Jenkins cita aquí «El texto histórico como artefacto literario», p. 130.

consenso sobre sus métodos de análisis, sobre el lenguaje en que ha de comunicar sus hallazgos y sobre los medios de verificación de éstos[44]. Los estudios históricos, argumenta White, no han realizado una revolución copernicana similar a la de las ciencias físicas, y probablemente nunca podrán hacerlo, por mucho que los historiadores se hayan esforzado por emular a los científicos naturales. En historia, la confusión entre cuestiones metafísicas y científicas no sólo existe, sino que parece inevitable. Por mucho que los historiadores profesionales proclamen ser capaces de distinguir entre historia propiamente dicha y metahistoria, de hecho esta distinción carece de una adecuada justificación teórica, pues toda historia presupone una metahistoria. Por tanto, hasta que se produzca esa revolución copernicana, la investigación histórica está condenada a ser una operación figurativa y no podrá producir verdades científicas, sino sólo verdades «fácticas y figurativas»[45].

La noción de ciencia en que se basa White hace que su indagación historiográfica tome una dirección determinada. Al darse por supuesto que existe tal separación entre ciencia y no ciencia y que el lenguaje histórico, al contrario que el científico, es sólo figurativo, el objetivo primordial del análisis historiográfico es identificar y caracterizar los componentes de dicho lenguaje y sacar a la luz sus efectos sobre la investigación histórica. Es decir, identificar y caracterizar los arquetipos y convenciones literarias y desvelar la operación de construcción poética que resulta de su aplicación por parte de los historiadores. Es aquí donde se encontraría la clave para comprender la naturaleza y condiciones de producción de la obra histórica. Al mismo tiempo, al dar por sentado que el lenguaje histórico es figurativo y que el científico no lo es, se descarta toda indagación sobre la conexión epistemológica entre realidad y conocimiento histórico y sobre la posible intervención de la realidad en la configuración y transformación de las estructuras prefigurantes de ese conocimiento. Al partir de un cierto concepto normativo de conocimiento científico, al que el conocimiento histórico no se ajusta, dicha indagación carece por completo de relevancia y hasta de sentido. Llegados a este punto, por tanto, conviene hacer una precisión capital. El que White sostenga que las estructuras lingüísticas que median en la investigación histórica son los arquetipos y tropos literarios no se debe *sólo* a que se base en un concepto formalista y naturalista de lenguaje. Ahora sabemos que se debe *también* a que se basa en un determinado concepto de ciencia y de lenguaje científico. Para White, el hecho de que el lenguaje del historiador influya en el contenido de la obra histórica no se debe a que el lenguaje no es un medio transparente de representación, sino a que la historia no es una ciencia. Si la historia fuera una ciencia, esa influencia del lenguaje no se produciría.

44. «Interpretation in History», p. 71.

45. *Ibidem*, p. 71 y «Teoría literaria y escrito histórico», p. 158. Esta caracterización de la diferencia entre historia y ciencias naturales, que White expuso ya en *Metahistoria* (p. 407), ha continuado siendo mantenida sin variaciones hasta el presente (ver «An old question raised again: Is historiography art or science?», p. 391).

Esta noción de ciencia y de conocimiento científico y la correspondiente distinción entre lenguaje técnico (científico) y lenguaje ordinario (figurativo) resultan, sin embargo, en el presente contexto teórico e intelectual, claramente insostenibles. La imagen de unos científicos que sólo descubren y de unos historiadores que sólo construyen resulta hoy poco satisfactoria. El dilema entre arte y ciencia no parece ser, actualmente, la forma adecuada de plantear y de afrontar la cuestión de la naturaleza del conocimiento histórico, sino que los términos del debate deberían ser otros. White tiene una noción de ciencia y de conocimiento científico que es demasiado convencional y más bien anacrónica, pues no toma en consideración la reformulación de dicha noción que ha tenido lugar a lo largo del siglo XX. Su visión de la ciencia se encuentra anclada, en lo esencial, en el horizonte epistemológico positivista del siglo XIX, con la doble consecuencia de que continúa basándose en la teoría del reflejo y de la mente como espejo de la naturaleza y planteando el debate historiográfico, esencialmente, en términos de ciencias de la naturaleza *versus* ciencias del espíritu. Y aunque White se opone a la pretensión positivista de unificar ambas ciencias y de convertir a la historia en una disciplina científica, acepta los supuestos que subyacen a esa pretensión. White pone en duda que la historia sea (y pueda ser) una ciencia, pero asume tal cual la definición positivista de ciencia, incluidas sus nociones de lenguaje científico, de método, de verificación empírica y de avance del conocimiento.

Sin embargo, cada uno de esos supuestos ha sido profundamente revisado durante las últimas décadas, tanto por la filosofía de la ciencia como por los propios científicos. En primer lugar, el supuesto de que el lenguaje científico es un medio transparente de comunicación, carente de efectos figurativos, y de que, por tanto, la investigación científica es una operación exclusivamente representacional, que no entraña construcción significativa alguna de la realidad. Y, en segundo lugar, el supuesto, dimanado del anterior, de que el conocimiento científico avanza de manera lineal y acumulativa[46]. Lo que la crítica a la noción positivista de ciencia sostiene es que también en ciencias naturales existe mediación lingüística, pues los científicos operan igualmente dentro de matrices conceptuales que no son puramente teóricas (en el sentido de representacionales), sino que poseen una naturaleza específica. Es decir, que son deudoras de concepciones generales del mundo que son externas al propio proceso de conocimiento. También en ciencias naturales existe una discontinuidad lógica entre enunciados observacionales y teóricos y, por tanto, tampoco la verdad de los datos garantiza la verdad de las explicaciones, ni la realidad y la verificación empírica son tribunales inapelables en los conflictos entre explicaciones. Ésta es

46. La bibliografía existente sobre esta cuestión es tan amplia que carecería de sentido ofrecer aquí ni siquiera una muestra. Me limitaré a recordar que suele tomarse la obra de KUHN, Thomas S., *La estructura de las revoluciones científicas* (México, FCE, 1971), aparecida en 1962, como uno de los hitos fundacionales de esta nueva concepción de la ciencia. White cita ocasionalmente esta obra (como, por ejemplo, en «Interpretation in History», p. 71), pero no la toma en consideración a la hora de elaborar su propuesta historiográfica.

la nueva perspectiva abierta por el concepto kuhniano de paradigma y que no ha cesado de fortalecerse desde entonces. De hecho, el proyecto positivista de crear un lenguaje científico puro e inequívoco, capaz de operar como un medio transparente de comunicación, ha sido ampliamente abandonado, por irrealizable. Por lo tanto, la distinción entre lenguaje científico y lenguaje histórico basada en el criterio de la «figuratividad» resulta hoy inadecuada y, sobre todo, escasamente útil como herramienta de análisis historiográfico y de reflexión epistemológica sobre la historia.

Y lo mismo cabe decir de la noción de avance del conocimiento de White. Para éste, dicho avance continúa consistiendo, esencialmente, en un proceso de ajuste progresivo entre lenguaje (teorías, conceptos, explicaciones) y realidad, posibilitado por la aplicación del método científico. Por eso, como hemos visto, White entiende el término «revolución científica» como progreso rápido del conocimiento (y no en el sentido post-kuhniano de sustitución de un paradigma por otro). Sin embargo, la empresa científica no consiste en un mero llenado empírico de los marcos teóricos y en un continuo perfeccionamiento de éstos a la luz de las nuevas evidencias empíricas. Por el contrario, lo que ocurre es que cada cierto tiempo esos marcos teóricos entran en crisis y son abandonados y reemplazados por otros, lo que obliga a redefinir el objeto de investigación, a reformular los problemas científicos a resolver y las preguntas a responder y a renovar los métodos de indagación. Cada cierto tiempo es preciso recomenzar teóricamente desde el principio. Se podría decir que, en cierto modo, tampoco en ciencias naturales el avance del conocimiento empírico garantiza (o va parejo con) un avance en el conocimiento teórico.

VII

La principal consecuencia de que White se base en una noción tan convencional de ciencia es, como he dicho, que no aborda de manera directa y explícita la cuestión de la relación entre historia y realidad. Al dar por sentado que la única forma posible de conexión epistemológica entre realidad y conocimiento es la descrita en el modelo objetivista (y a la que la historia no se ajusta), no se plantea la posibilidad de que puedan existir otros tipos de conexión. Ni, por tanto, la posibilidad de que la realidad pueda impactar sobre las teorías y las explicaciones de una forma que no sea a través de la verificación empírica. Este exclusivismo objetivista impide a White, en suma, explorar la manera específica que adopta, en el campo de la historia, la relación cognitiva entre realidad y conocimiento. White afirma que el conocimiento producido por la historia no es objetivo, pero no aclara qué tipo de conocimiento es. Responder, como hace él, que la historia sólo puede producir «verdades» no científicas, como, por ejemplo, verdades morales o estéticas, no parece una respuesta satisfactoria. Pues de ser así, entonces carecería de verdadero interés, y hasta de sentido, cualquier discusión sobre el conocimiento histórico, pues sería una discusión sobre algo inexistente. Por eso, si nos fijáramos sólo en su noción de conocimiento y en la distinción que hace, a partir de ella, entre historia y ciencia, la

formulación de White se nos aparecería como tremendamente tradicional. Pues quedaría reducida casi a una reiteración de la añeja definición de la historia como un arte y como maestra de la vida e, incluso, a un mero alegato contra las pretensiones, tan propias de los años 1960, de equiparar a la historia con las ciencias naturales. La noción de ciencia de White resta fuerza, por tanto, a su formulación historiográfica y reduce la importancia de su contribución a la renovación de la teoría del conocimiento histórico. Su «conservadurismo» epistemológico hace que su aportación al debate historiográfico sea más modesta que lo que inicialmente parece. White introduce convincentemente la noción de mediación lingüística, y esto constituye, sin duda, una importante innovación. Pero el hecho de que acabe vinculando esa mediación a la premisa de que la historia no es una ciencia (y no a la de que el lenguaje opera siempre como un patrón de significados) limita el alcance de esa innovación.

En el momento actual, sin embargo, la conexión entre historia y realidad aparece bajo una nueva luz y puede ser concebida en términos distintos. Es cierto, como arguye White, que hay una discontinuidad lógica entre acontecimientos y explicaciones, que los primeros no pueden fijar y estabilizar a las segundas, que la veracidad de los unos no implica la veracidad de las otras y que, en consecuencia, las explicaciones históricas no pueden ser verificadas empíricamente. Es cierto, asimismo, que el lenguaje media entre el historiador y la realidad y que, por ello, la investigación histórica entraña siempre una operación de construcción significativa. Y es cierto, por último, que el conflicto entre interpretaciones no se puede dirimir mediante la apelación a los referentes factuales y que la vigencia de una explicación histórica depende de la complicidad lingüística de sus receptores. Pero nada de todo ello implica que las explicaciones históricas sean inmunes al impacto de la realidad. Es decir, que la realidad no intervenga en la conformación del conocimiento histórico y no tenga la capacidad de desestabilizar, refutar y desautorizar a las explicaciones históricas. Lo que ocurre es que esa intervención y ese impacto se producen de una manera y en unas circunstancias que son muy diferentes de las supuestas por el objetivismo historiográfico, sea en su variante inductivista o en la deductivista. En primer lugar, porque, como expondré enseguida, la realidad que desestabiliza las explicaciones históricas no es la realidad del pasado (es decir, su tema de estudio y base referencial), sino la realidad del presente. White tiene razón cuando afirma que los referentes empíricos no tienen capacidad para impugnar las explicaciones históricas, pero pasa por alto que éstas no están sometidas *sólo* a la presión referencial del pasado, sino *también* a la del presente. En segundo lugar, porque lo que provoca la decadencia de una explicación histórica no es su refutación empírica, sino la crisis de la teoría de la acción humana (así como de la filosofía de la historia) que le sirve de base. Y ésta es una crisis que tiene lugar en el presente. Lo que está provocando el actual declive de la denominada historia social no es la acumulación de nuevas evidencias sobre el pasado, sino la crisis de la teoría social materialista fruto del desencantamiento de la visión moderna del mundo. En tercer lugar porque, como explicaré enseguida, el impacto de la realidad sobre las explicaciones históricas no es objetivo o referencial, sino

diferencial. En el sentido de que no es un impacto directo y no mediado, sino ejercido siempre a través de un cierto patrón discursivo de significados. Y, por tanto, su resultado no es la sustitución de una explicación peor por otra mejor, sino más bien la sustitución de una construcción significativa por otra. Lo que ocurre es que en ese proceso de sustitución se ha puesto de manifiesto que la explicación anterior era una construcción significativa, y no una representación objetiva. Y ello implica un avance del conocimiento (aunque no, tampoco, un avance del tipo que imaginan los objetivistas).

Como he dicho, las teorías de que se sirven los historiadores en sus investigaciones no son meros duplicados conceptuales de la realidad (como supone el objetivismo), sino proyecciones de un cierto imaginario. Hay momentos, sin embargo, en que los imaginarios entran en crisis, perdiendo su credibilidad y autoridad epistemológicas. En tales momentos, un número creciente de personas –incluidos los historiadores– pone en duda que la visión del mundo ofrecida por el imaginario se corresponda con la realidad de las cosas y deja de tomarlo como marco conceptual de referencia en su análisis de la realidad (además de como patrón normativo de su práctica). Fue esto lo que ocurrió cuando entró en decadencia el imaginario providencialista y lo que parece estar ocurriendo actualmente con el declive del imaginario moderno. Dado el estrecho vínculo genealógico existente entre imaginario y teoría, la crisis del primero provoca la crisis de la segunda y, por tanto, lleva a un cuestionamiento de las explicaciones históricas basadas en esa teoría. Es por ello que el mencionado declive del imaginario moderno ha hecho que se acrecienten considerablemente las dudas sobre la validez y capacidad explicativa de las teorías de la historia basadas en las categorías modernas de individuo (o sujeto racional) y sociedad (o estructura social).

Los imaginarios entran en crisis cuando, en el curso de la aplicación práctica de sus supuestos y teorías, se pone de manifiesto que éstos no se corresponden, como pretenden, con el funcionamiento de la realidad o el curso real de la historia. O, más específicamente, cuando la aplicación de esos supuestos y teorías no produce los efectos previstos o deseados. Es entonces cuando el imaginario comienza a perder autoridad epistemológica y normativa y, con él, las explicaciones históricas a las que sirve de matriz conceptual. La realidad, pues, impacta sobre las explicaciones históricas no a través de los acontecimientos del pasado que son sus referentes y objetos de estudio, sino a través de la vida práctica del presente. Esto es lo que ha ocurrido, por ejemplo, con el fracaso del socialismo, que ha afectado de lleno a la validez explicativa del paradigma de la historia social. Y algo similar aconteció en las décadas finales del siglo XIX, cuando los efectos no previstos de la aplicación práctica del individualismo propiciaron el denominado ascenso de lo social, es decir, que se recurriera cada vez más a la categoría de sociedad como herramienta analítica y guía de la práctica. En concreto, la crisis del imaginario tiene como efecto que las teorías y explicaciones históricas asociadas a él dejan de ser consideradas como representaciones objetivas de la realidad y aparecen como meras construcciones significativas de ésta. Lo que hasta ese momento se había presentado y sido tomado como una repro-

ducción fiel y exacta del mundo real, se revela, entonces, como simplemente el resultado de la codificación de ese mundo mediante las categorías de un cierto protocolo lingüístico o matriz discursiva. Por seguir con nuestro ejemplo, la crisis del imaginario moderno ha puesto de manifiesto que las acciones humanas no tienen su origen causal ni en un sujeto humano racional ni en una estructura social objetiva, sino que ésta han sido simplemente las formas modernas de concebir dichas acciones. Cuando esto ocurre, se puede decir que las teorías de la historia han sido refutadas por la realidad. O, si se prefiere una fórmula más convencional, que han sido sometidas a falsación empírica y no han superado la prueba y, por consiguiente, deberían de ser desechadas. Dichas teorías no deberían seguir siendo utilizadas para explicar las acciones, relaciones e instituciones humanas del pasado. Asimismo, la crisis del imaginario puede poner al descubierto fenómenos y factores causales en los que no se había reparado antes y cuya existencia tiene implicaciones teóricas directas. Es lo que ha ocurrido, por ejemplo, con la propia noción de mediación lingüística, que ha sido sacada a la luz, como acabo de indicar, por la crisis de la modernidad. El hecho de que dicha crisis esté poniendo de manifiesto que las categorías organizadoras básicas de la vida moderna no son representaciones de entidades objetivas nos está obligando a revisar por completo la teoría de la acción humana, con el fin de dar cabida en ella al propio concepto de mediación lingüística. Es decir, dar cabida a la premisa de que el lenguaje es una entidad de naturaleza específica –y no un mero reflejo ideológico de la realidad material– que interviene activamente en la configuración de las identidades, las prácticas, las relaciones y las instituciones humanas. Se puede afirmar, en consecuencia, que cuando se produce un episodio de discontinuidad teórica como el descrito, tiene lugar, efectivamente, un *avance* del conocimiento histórico.

Ahora bien, ello no significa, como tendería a creer el objetivismo, ni que la realidad que impacta sobre las explicaciones históricas y las desestabiliza es una realidad objetiva ni que el avance del conocimiento es un proceso acumulativo y lineal. Cuando alguien se enfrenta con situaciones reales inéditas –y, en particular, con los fenómenos generados por el despliegue práctico del imaginario–, lo que hace no es simplemente constatar su existencia y dar cuenta de ellas, sino construirlas significativamente mediante las categorías disponibles, que son las del propio imaginario. Incluso en los casos de choque abierto entre imaginario y realidad la relación entre ambos es *diferencial*, no referencial. Entendiendo por ello que los conceptos que se aplican a los nuevos fenómenos no nacen de una aprehensión de la esencia de éstos, sino de la transformación de otros conceptos anteriores. Recurro de nuevo al mismo ejemplo. Si los cambios acaecidos en la Unión Soviética han podido ser designados como fracaso de la revolución no se debe, en modo alguno, a que ése sea su significado objetivo, sino a que han sido conceptualizados mediante la categoría previa de «revolución». Y, por tanto, el nuevo concepto «fracaso de la revolución» tiene su origen no en la nueva realidad que es su referente factual, sino en el reajuste conceptual que hubo de realizarse en el imaginario socialista moderno para poder hacer inteligible ese fenómeno inédito. Por tanto, el impacto de la nueva realidad no es directo e

inmediato, sino que se produce siempre a través de los protocolos conceptuales ya establecidos. La observación de la nueva realidad que entra en conflicto con las teorías y explicaciones históricas en vigor no se realiza desde una posición metodológica lingüísticamente neutra, sino que tiene lugar dentro del propio lenguaje, no desde fuera de éste. Lo que ocurre, por tanto, en tales casos de refutación empírica no es que la mediación lingüística se interrumpe, es vencida o queda en suspenso y la realidad objetiva emerge a la superficie y se impone a la conciencia del observador. Lo que ocurre no es que el espejo del lenguaje es limpiado de impurezas y se consigue que refleje mejor la realidad. Sino, simplemente, que un protocolo lingüístico es reemplazado por otro y, como consecuencia de ello, la realidad pasa a ser percibida de una manera diferente. El vacío dejado por el imaginario en retirada no es ocupado por una supuesta realidad objetiva, sino por otro imaginario. Y, por tanto, lo que se produce no es la sustitución de una visión de la realidad que ha resultado ser falsa por otra visión más pura y verdadera, sino más bien la sustitución de una construcción significativa por otra.

A este respecto, pues, parece tener razón White cuando sostiene que los cambios en las interpretaciones históricas se deben no a un progreso de la investigación empírica, sino a un cambio en los protocolos lingüísticos que utilizan los historiadores. Y no parecen tener razón los historiadores objetivistas cuando sostienen que los marcos teóricos cambian porque, en el curso de la investigación y en razón de su confrontación permanente con las evidencias empíricas, van siendo reemplazados por marcos teóricos más acordes con la realidad objetiva. Sin embargo, aun no tratándose de una verificación objetiva, sino de una rearticulación lingüística, lo cierto es que la realidad puede desestabilizar a las teorías y explicaciones históricas y que, cuando eso ocurre, se produce un avance del conocimiento (aunque no es, desde luego, un avance objetivo). El proceso descrito entraña, sin duda, como he señalado, un progreso del conocimiento en la medida en que conlleva la demostración de que un cierto tipo de explicaciones históricas que se daban por correctas no lo son. Pero al tratarse de un proceso basado en una relación diferencial, y no referencial, entre lenguaje y realidad, su resultado final no es la elaboración de explicaciones históricas más correctas que las precedentes. O al menos no hay ninguna garantía de que sea así. El que una explicación histórica sea empíricamente refutada y tenga que ser abandonada no implica que la explicación que la reemplaza constituya una representación más exacta o completa de la realidad. El que podamos llegar a establecer que una explicación histórica es errónea no implica, en modo alguno, que estemos en condiciones de elaborar una explicación verdadera. Aunque el impacto de la realidad que se produce en momentos de crisis del imaginario nos permite llegar a saber que una cierta explicación histórica no es adecuada, no nos capacita para conocer mejor lo realmente ocurrido. Si se me permite expresarlo de manera coloquial, podemos llegar a saber que algo no es como pensábamos que era, pero ello no implica que podamos saber más de cómo es, que nos aproximemos más a su esencia objetiva. Sabemos fehacientemente que

lo ocurrido en la Unión Soviética no fue una revolución socialista, pero eso no implica que estemos en condiciones de saber qué es lo que realmente fue.

En este punto, pues, no parece tener razón White cuando afirma que la historia sólo puede producir verdades fácticas y morales, pero no avanzar en el conocimiento de la realidad. Pues ocurre que, cada cierto tiempo, se produce un agotamiento de las teorías y explicaciones históricas y ello propicia un progreso epistemológico. Pero tampoco tienen razón los objetivistas cuando conciben este progreso como adoptando la forma de un llenado empírico de la teoría, de un ajuste progresivo de ésta al registro empírico y de un movimiento de aproximación, a través de sucesivas verdades relativas, a la verdad absoluta, pues no es posible tener la certeza de que dicho movimiento de aproximación esté teniendo lugar. Así que si tuviera que definir el tipo de progreso epistemológico que se produce en historia, yo diría que se trata, si se me permite el oxímoron, de un *avance en negativo del conocimiento*. Pues se trata de un avance que tiene lugar sólo en el terreno de la falsación, pero no en el de la verificación.

Estos son algunos de los componentes del actual debate epistemológico en historia y del proceso de reconstrucción de la teoría del conocimiento histórico en curso que la obra de White, dado el contexto teórico e intelectual en que se gestó, apenas ha podido llegar a tomar en consideración. Esta ausencia no obsta, sin embargo, como he insistido, para que dicha obra sea un ingrediente primordial y un punto de referencia ineludible en cualquier discusión sobre la materia. Pues aparte de contribuir decisivamente a sentar las bases y establecer los términos de esa discusión y de abrir, de ese modo, el camino para que cuestiones epistemológicas como las referidas pudieran ser enunciadas, la obra de White continúa siendo un interlocutor plenamente vivo, cuyas potencialidades historiográficas no han sido aún asimiladas y explotadas en su totalidad. Por tanto, por más que propugne la necesidad de ir más allá de White, considero que éste es un empeño que no se podría realizar sin la compañía del propio White.